

Este artículo aparece aquí por cortesía de la revista 'A tempo' de la Asociación Madrileña de Compositores (AMCC), en cuyo nº 1 de octubre de 2011 se publicó por primera vez.

Creación e interpretación. Una complicada y enriquecedora relación

Por Miguel Bustamante

Permítanme, amables lectores, que inicie este artículo con una experiencia personal. Cierta día, unas décadas atrás, cuando era estudiante en el Conservatorio Superior de Música de Madrid, sintonicé Radio Clásica, que entonces se llamaba Segundo Programa de Radio Nacional de España. Me encontré con que estaba sonando una obra de Ravel. No estoy seguro ahora si era la *Sonatina* o los *Valses nobles y sentimentales*. El caso es que no me gustaba casi nada la versión que escuchaba, especialmente si la comparaba con otras de pianistas que me impresionaban hondamente, como Arturo Benedetti Michelangeli, por ejemplo. Cuando la pieza llegó al final, el locutor anunció el nombre del pianista. No lo podía creer: ¡era el propio Ravel interpretando su música! ¿Cómo era posible que el excelso compositor, tan escrupuloso tanto en las ideas musicales como en la forma de plasmarlas, pudiera ser capaz en muchos momentos de tocar esa música, en la que no sobra ni falta nada, de manera caprichosa y amanerada? Eso me pareció entonces, claro que ahora seguramente mi opinión no sería exactamente la misma. ¿Me ocurre lo mismo con otros compositores-intérpretes? Depende. No, por ejemplo, con Rachmaninov, a quien considero como uno de los mejores intérpretes de su obra, ni con Prokofiev. Por otra parte, no sé qué daría por poder escuchar a otros grandes compositores de cualquier época haciendo sonar su propia música.



Cambiamos el punto de vista y asumamos el del compositor. ¿Qué puede sentir cuando escucha sus obras interpretadas por otros músicos? También cabría preguntarse: ¿qué sentía Ravel cuando tocaba la *Sonatina* o los *Valses nobles y sentimentales*? ¿Se gustaba a sí mismo o prefería lo que con sus obras hacía Marguerite Long, por ejemplo? Pero pensemos en los compositores en general. Creo que un compositor, cuando escribe su música, la imagina no solo como una serie de signos que tienen una relación casi matemática entre sí, que suponen una estructura coherente, unas armonías, melodías, contrapuntos, consonancias o disonancias, etc., sino que realmente la escucha en su interior. Es más, la escucha con sus características más sutiles, es decir, con aquello que casi no se puede indicar en la partitura, eso que solemos definir como leer más allá de las notas: el juego de agógicas e intensidades, las respiraciones, los pálpitos, en fin, tantas matizaciones que hacen que una misma obra nos consiga emocionar o aburrir según quien la interprete.



Marguerite Long y Maurice Ravel en Berlín

Bien. Un compositor escribe una obra y, cuando está concluida, la suelta al mundo exterior. ¿Qué ocurre entonces? Lo deseable, por supuesto, es que haya intérpretes que se interesen por ella, la estudien, la analicen y, si lo desean, la interpreten. Si, además, les gusta, infinitamente mejor. Demos esto último por hecho, asumamos que el intérprete que va a tocarla, cantarla o dirigirla es bueno en lo suyo y, ojalá, respetuoso con la partitura. ¡Estamos en el mejor de los mundos! Pero, aún así, a partir de entonces viene el reto para el compositor: ¿va a sentirse identificado con esta visión ajena teniendo en cuenta la idea que él tenía cuando la escuchaba e interpretaba interiormente? Seguramente en buena parte sí, mas lo normal es que en otra no del todo. Y eso no significa necesariamente que le vaya a disgustar. En algunos casos sí, sin duda, pero en otros le sorprenderá agradablemente. ¡Hasta es posible que descubra facetas de la obra que él no había sabido apreciar! Y esto, ¿por qué puede ocurrir?



Ravel al piano en 1914

Pues aquí llegamos a mi teoría personal sobre esta relación, a menudo complicada, entre creación e interpretación. Un compositor es como una madre que da a luz una criatura a la que ha sentido durante largos meses en su interior. Cuando esta nace, la madre sigue sintiendo con ella una honda relación: la conoce como nadie, sabe cómo siente, cómo respira y cree que se le revelarán hasta sus pensamientos, sensaciones, anhelos y frustraciones. Piensa incluso que continuará guiando y controlando sus pasos. Pero resulta que, desde el mismo momento del nacimiento, y quien sabe si incluso desde antes, ese nuevo ser es independiente. Vive ya su propia e intransferible vida. Sorprenderá a su madre de mil y una maneras, para bien y para mal. La madre se convertirá, en realidad, en espectadora de esa nueva vida. Algo parecido pasa con el compositor respecto de su obra. Esta es ya una criatura independiente, que vivirá su propia vida y será recreada, ojalá que infinidad de veces, de mil maneras diferentes, sin que el compositor tenga ya control sobre ella. Gozará o padecerá cuando la escuche, le seguirá teniendo el mismo afecto casi maternal, pero en ocasiones se preguntará: ¿he sido realmente yo quien esto ha escrito?